

JOURNAL D'UN CURÉ DE CAMPAGNE

DE G. BERNANOS

«Bernanos no representa, evidentemente, la única manera de encarnar la fe cristiana. Pero su visión cristiana llega, en profundidad, a lo esencial; y lo esencial aquí se revela como la forma de fe cristiana que más necesitamos.»

CHARLES MOELLER

Según Gabriel Marcel, «El diario de un cura de aldea» es la obra maestra de Bernanos.

Difícil es, no obstante, establecer jerarquías entre las obras de un autor como Bernanos que ha sabido mantenerse ininterrumpidamente en un puesto de primera fila, y gustando además de desarrollar, sino idénticos temas, por lo menos, temas de una única y común preocupación: la tentación de la desesperanza en las almas de más viva fe. Desesperanza que nace del espectáculo del diario y obsesivo pecar del mundo, como si fuese un orden maldito, un orden que cumplir. Desesperación que se agrava, ante el más humilde auto-juicio. Desesperanza que se vence en un inmenso acto de amor, en la caridad del amor; dando amor y paz aunque uno mismo esté en guerra, abriendo ventanas para los demás en lo frontera de las propias tinieblas. Y, al final, un sello de alegría; como la alegría de Cristo en el tormento de la cruz. Vencimiento, fe, gracia. «Todo es gracig», dirá al morir el cura de Ambricourt.

En «Journal d'un curé de campagne» además de esta capital preocupación de Bernanos, aparece una clara acusación contra el mundo por la humillación que se inflige a los que llevan en su corazón escritas las Bienaventuranzas. Los pobres, los mansos, los perseguidos, los pacificadores... La humillación, la burla, el desprecio. Pero los pacíficos, los hambrientos de justicia, los pobres de espíritu... sin ellos mismo saberlo, renovadores de la Gracia, quedan, por el autor ensalzados, en relieve, frente a un mundo negro y amorfo, triste.

El protagonista de «Journal...», el humilde cura de Ambricourt, es pobre en el sentido más digno y absoluto. Pero, si ni física ni espiritualmente posee riqueza alguna, tiene ingenuidad y simplicidad de alma, cualidades que acompañan a verdadera pobreza. La pobreza bendecida por Dios; burlada por los hombres. «Usted, —le dirá el cura de Torcy,— se pasea por el mundo con su pobre y humilde sonrisa que pide perdón, y empuñando una antorcha que usted parece tomar por un cayado. Nueve veces de

cada diez, se la arrancarán de las manos, y le pondrán el pie encima.»

Y como si fuese un oráculo, la predicción va cumpliéndose. Nuestro hombre se desconcierta, duda de sí mismo; su fe vacila. ¿Qué consigue en su misión en pro de las almas de su parroquia? ¿Qué consigue en sí mismo, si incluso le abandona la acariciada costumbre de orar, si Dios calla?

El cura de Ambricourt vierte su desasosiego, su agonía, en las páginas de un diario. Al mismo tiempo, queda en claro por ellas su descorcentante y asombrada ingenuidad, la ausencia de toda defensa, frente a los hombres; su alma pura, pese a la tentación de desesperación en la que se ve envuelta.

Este diario constituye, en síntesis, la descripción de una doble agonía. La espiritual de la desesperanza, ante el silencio de Dios, la física del derrumbe hacia la muerte de una naturaleza débil, estigmatizada por una herencia de estrecheces y privaciones.

El cura de Ambricourt hace frente, se opone a las dos agonías, se opone a ellas con un arma común, la del amor.

«El espíritu de oración me ha abandonado o sin desgarramiento, espontáneamente, como cae una fruta. Sólo después me ha venido el espanto».

Pero, más tarde, ya dirá: «¡Oh! Sé perfectamente que el deseo de la oración es ya una oración, y que Dios no sabría pedir más».

«La vida de los vivos me es grata. No moriré sin lágrimas. Pero, ¿por qué inquietarse? ¿Por qué prever? Si tengo miedo diré: tengo miedo, sin avergonzarme. ¡Qué la mirada del Señor, cuando me muestre su Santa Faz, sea una mirada tranquilizadora!»

Y ya al final del libro, próxima la muerte, en admirable integración y en conformidad misteriosa con la agonía de Cristo, se rinde a SU voluntad, con alma diáfana:

«La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, se ha disipado. Creo que para siempre. Esta lucha empieza o toca su fin. Yo no la comprendo. Me he reconciliado conmigo mismo, con estos pobres despojos. Es más fácil odiarse de lo que uno pueda imaginar. La gracia está en olvidarse. Pero, si todo orgullo hubiese desaparecido de nosotros, la gracia de las gracias sería amarse humildemente a sí mismo, como no importa cual de los miembros sufrientes de Jesucristo.»

Y serán sus últimas palabras una sorprendente afirmación, para el que vivió constantemente en guerra: «Todo es gracia.»

Ahora bien, aunque el libro, en ausencia, sirve sólo para plantear, mostrar, la crisis y la resolución de un problema espiritual, pecaríamos de insinceros, glosando así su contenido.

Desfilan por las páginas del «journal» mil incidencias del vivir cotidiano, aparentemente intrascendentes, del pequeño pueblo de Ambricourt, dominado su paisaje por un castillo, y sus contados habitantes, por el espíritu feudal de su castellano; hecho del que se aprovecha Bernanos, para censurar a los ambiciosos de poder y para dignificar y ensalzar la auténtica pobreza que comparten los también pobres de espíritu, los mansos, los oprimidos...

En otras páginas, se recogen los hechos accidentales que escapan del marco de la rural parroquia. Menudencias que se convierten en extraordinarias, por la humanidad que sabe verter en ellas el autor, o quizás también por el simple hecho de romper la exasperada monotonía del diálogo interior.

No hay detalle que se desperdicie para evidenciar la dualidad que es el hombre, alma y cuerpo, y los dos grandes amores que le consumen, cielo y tierra, y la maravillosa facultad de hermanarlos que reside en una alma santa y pura, para la cual el prójimo es el mismo Cristo y todo lo creado manifestación del Señor. Negarse amor a la Creación es volverle la espalda a Dios.

El cura de Ambricourt y todos los personajes de Bernanos aman la vida. Como él mismo, a pesar de conocer todas sus angustias, supo también amarla. Amarla con esperanza. Y así dejó escrito en «Cahiers du Rhône»:

«Cuando me muera, decid al dulce reino de la Tierra que yo lo amaba más de lo que nunca he osado confesar.»

Pero, si bien Bernanos amaba la tierra, supo también comprender que, sin la virtud de la esperanza, su amor a la tierra no hubiese significado nada. Virtud fuerte, que consume, pero que, a la par, transfigura, y que a cambio de nuestro pobre dolor humano nos concede el amor divino. «En nuestro pobre y pequeño mundo el dolor es el buen Dios...»

Esperanza tan fuerte, que se sigue poseyendo a través de toda desesperanza. Y este es el principal mensaje de Bernanos: el recordarnos la fe de Abraham, la del hombre que esperó contra toda esperanza.

Mensaje importantísimo en nuestro siglo de mentiras y violencias. Mensaje necesario y urgente para tantos cristianos que ya no saben «a qué precio fueron, han sido y son rescatados.»

Mensaje de amor y de fe. Epifanía de la bondad.

L. d'Andraitx